

libro era por tanto de elevado precio, y las bibliotecas costaban grandes sumas. Las obras de Homero llegaron á valer tres talentos ó más de dos mil pesos de nuestra moneda, y otras de menor importancia costaban ciento, reduciendo al nuestro su antiguo valor. ¡Cuántas penas, cuántos sacrificios, cuánta constancia no se necesitarían para formar una biblioteca de millares de obras! Figúremonos tres millones de volúmenes manuscritos, como los que llegó á tener la biblioteca de Trípoli de Siria, trabajados con limpieza, propiedad y corrección, y tendremos una obra prodigiosa y sin igual. Debemos confesarlo: el templo de Diana y los jardines suspendidos de Semíramis no nos causan tan profunda admiración.

## IV

Pero nada hubieran importado tantas fatigas en trasladar cuidadosamente á esas pieles las elaboraciones del espíritu; nada hubieran importado tantos desvelos en coleccionar todas esas obras; nada hubieran importado tantas sumas invertidas en crear esos archivos del entendimiento, si esas arcas de la historia y del progreso, sobreviviendo á las borrascas y revoluciones de los siglos, hubieran llegado hasta nosotros, y llegaran toda-

vía más allá para el provecho de la especie humana. Pero hunos y godos, hérulos y vándalos y otras hordas igualmente salvajes, impelidas por el genio de la devastación, se arrojaron sobre el Occidente, y con la tea incendiaria en una mano y el puñal homicida en la otra, arrasaban cuanto encontraba su furor. La sangre corrió por todas partes á torrentes, las ciudades fueron reducidas á cenizas y los campos talados sin piedad. Escombros y humo, cadáveres y lamentos era cuanto dejaban en su paso estas fieras inexorables del Norte. Entonces desaparecieron las bibliotecas entre las llamas del incendio; entonces se abrasaron sin misericordia esos tabernáculos que guardaban los anales del mundo. En medio de aquel torbellino no hubo Alejandros que perdonasen, ni Píndaros perdonados tampoco. La tierra hubiera sido una inmensa Escitia cubierta de una eterna noche, si los monasterios no hubieran servido de refugio á la sobrecogida civilización. En estos respetables asilos, tablas de salvación en aquel espantoso naufragio, los monjes recogieron en el fondo de sus claustros los restos de la espirante cultura, y los despojos de la terrible asolación. Muchos libros fueron salvados en los conventos, y allí, en el silencio de las celdas, aquellos religiosos, consagrados á su estudio, mantuvieron el fuego sagrado de la inteligencia y salvaron así la ciencia humana. El atraso fué sin embargo inmenso: los pue-

blos quedaron sumergidos en la ignorancia y en la barbarie: el feudalismo, penetrándolo todo, les imprimió sus tendencias materialistas y les impuso sus rudas costumbres. Las salas de armas reemplazaron á las bibliotecas: á un Lucano se prefería una dorada espuela; á un Hesiodo se prefería una cota de malla. El mérito no consistía en el talento, sino en la bien esgrimida lanza. La gloria no era consignar una idea, sino vencer en la justa á su rival. Los torneos hacían las veces de los juegos florales, y el triunfo no era la corona concedida al genio por el Capitolio, sino el collar dado al campeón por la hermosa y distinguida dama. Los pocos que se dedicaban al estudio eran mirados con desdén. La nobleza de la espada era la única nobleza; y cuando Francisco I, creando una orden de magistrados y de hombres de letras, que elevó á la clase de caballeros, quiso hacer comprender á los fieros señores que otros talentos que los militares contribuyen también á la gloria y prosperidad de los pueblos, los altivos hidalgos, creyendo degradarse con los conocimientos que el generoso rey se proponía honrar, prefirieron ver decaer la caballería, á dividir con los sabios el honor de su rango. ¡Ideas desconsoladoras que se perpetuaron hasta la revolución de 89! Á mengua, pues, se tenía la ciencia; á honor se tenía la ignorancia. Los que brillaban bajo la espléndida armadura y salían victoriosos en cien com-

bates, no sabían leer ni escribir. ¡Penoso recuerdo el de Pizarro, que no podía recoger sus triunfos! Y cuando la guerra, la caza ó el festin no entretenía á estos nobles desocupados, el fastidio era su único compañero bajo el artesonado techo de sus soberbios castillos. Ni una pequeña biblioteca para ocupar sus ocios, ni un sólo libro para endulzar su tedio. ¡Terrible y criminal estado del hombre que no ha nacido para vida tan brutal! Tal vez algunos de esos desdeñosos, sólo hallaban interés en los reglamentos de Geoffroy de Preuilly. Y si esta era la clase distinguida de la sociedad, ¿qué serían los que no habían tenido la fortuna de nacer en aquel privilegiado círculo? Para estos proletarios no había más que la corvea; para ellos eran los desprecios, para ellos los ultrajes; ni justicia ni ley para estas víctimas; ni honor para estos desheredados de la tierra. ¿Y por qué tan lamentable situación para dueños y esclavos, para nobles y pecheros, sino por la profunda ignorancia en que estaban sumergidos? Si los señores se hubieran instruido en los libros que se perdieron, y se hubieran penetrado de que los hombres no tienen el derecho de esclavizarse, sino por el contrario, el deber sagrado de protegerse mutuamente; si los villanos hubieran aprendido en aquellas páginas, que la justicia era para todo el mundo; que ellos eran también hijos del mismo Dios que murió por redimir á los esclavos; que el trabajo de ca-

da uno es su legítima propiedad, y que nadie está obligado á cultivar la tierra, para que otro se aproveche del sudor de su frente, la humanidad hubiera continuado su marcha progresiva, enriqueciéndose con nuevas verdades, y adquiriendo nueva y más resplandeciente luz. Las preocupaciones no la hubieran cegado, la superstición no la hubiera oprimido, el fanatismo no la hubiera penetrado hasta el corazón. Con bibliotecas en los pueblos, con libros en los hogares, una hubiera sido su creencia política, una quizá su religión, uno su sentimiento social. De esta manera se hubiera preparado días de gloria; la paz le hubiera sonreído por todas partes; la abundancia hubiera sido su inagotable bien. Pero los hombres desgraciadamente no hicieron más que forjarse sus propias cadenas, erigirse á sus señores y levantarse su horca y su cuchillo. En su horizonte acumularon el germen de todas las catástrofes, á su derredor el germen de todas las miserias, sobre sus cabezas el germen de todas las desdichas. De ese tenebroso presente no pudo menos que brotar un tempestuoso porvenir. La abyección trajo el desbordamiento, la ceguera la lucha, la desigualdad el rencor. De allí como huracanes terribles, las guerras religiosas que, con sus matanzas de los albigenses y de los habitantes de Merindol, con la carnicería de la Irlanda y los asesinatos de la San Bartolomé, tantas vidas y tantos sinsabo-

res han costado al mundo; de allí las guerras de sucesión que diezmaron á los pueblos; de allí las revoluciones políticas que nos han llenado de terror y de luto; de allí por último, como un monstruo horrendo, la abominable Inquisición, cuyos autos de fé devoraban hasta la ciencia, hasta la caridad, hasta la virtud.

## V

Por fortuna, mientras en el Occidente, despedazado por las luchas contra los bárbaros, la civilización europea estaba próxima á morir, como la yerba bajo la pisada del caballo de Atila, en el Oriente, más tranquilo, Hipatías inventaba el aerómetro, Diofantes enseñaba el álgebra, el púlpito ganaba en elocuencia, adelantaba la arquitectura, el progreso, en una palabra continuaba haciendo sus conquistas. Desde entonces los hombres han venido comprendiendo mejor sus intereses, se han horrorizado de la sangre vertida, y conmovido de las lágrimas derramadas con profusión. Una dolorosa experiencia les ha hecho palpar las funestas consecuencias de la ignorancia y las tristes calamidades del error. Con la enseñanza de los siglos pasados y las lecciones de los borrascosos acontecimientos, cambiaron de rumbo y se di-

rigieron á más seguros puertos. Anduvo el tiempo, y el deseo de ilustrarse se hizo sentir en todos los ánimos; pero el precio excesivo de los manuscritos frustraba tan nobles aspiraciones. Esta situación desesperante preocupó los espíritus, exaltó las inteligencias y estimuló la perspicacia. Llegó el siglo XV, y Koster, Guttenberg y Schoeffer presentaron al mundo la imprenta, invención divina que no igualan las invenciones pasadas, ni igualarán probablemente las invenciones futuras. El pensamiento circuló rápido en todos sentidos, los libros se reprodujeron como por encanto, y las obras se pusieron al alcance de todas las fortunas. Por todas partes se crearon sociedades para la propagación de las ideas, se erigieron escuelas públicas y se fundaron bibliotecas que sustituyeron á las antiguas, y cuyo número se ha aumentado de una manera prodigiosa. En Francia más de doscientas ciudades poseen de estas inmensas librerías. Paris tiene más de cuarenta bibliotecas públicas con cerca de tres millones de volúmenes: sólo la Imperial tiene más de 500,000, la de Santa Genoveva 160,000 y la de Mazarino 95,000. La Alemania cuenta en sus bibliotecas como cinco millones de volúmenes: entre estas la Imperial de Viena con 300,000, la de Praga y Presburgo en Austria, y las de Berlin, Halle, Munich, Dresde, Leipzig, Hannover y Stuttgart, en Prusia, son las más notables. En Inglaterra la Botleiana, la de Buc-

kingham y la del Museo reúnen cerca de 700,000. Escocia tiene en Edimburgo la biblioteca de la Universidad con 50,000 volúmenes, y la de los abogados con 10,000, é Irlanda, en Dublin, la del Colegio de la Universidad con 50,000. España, entre las más importantes, cuenta la del Escorial con 200,000 volúmenes, fundada por Carlos V y enriquecida por Felipe II, la real de Madrid con 100,000, la de San Isidro con 60,000 y la de San Fernando en la misma capital. No hay quien no conozca en Italia la biblioteca del Vaticano con sus 300,000 volúmenes, establecida por el Papa Nicolás V en 1450, la de San Marcos en Venecia, la Ambrosiana en Milán, la Borbónica en Nápoles y las Leopoldina y Laurenciana en Florencia. Mántua, Padua, Génova, Bolonia, Ravena y otras ciudades de esta tierra clásica, poseen también sus bibliotecas. Bélgica tiene entre otras la de la ciudad con 140,000 volúmenes, la de Borgoña con 15,000, y la Real con 60,000. En Holanda desuellan la del Haya con 100,000, y la de Leide con 60,000. Dinamarca tiene la Real de Copenhague con 200,000, y Rusia la de la Academia de Ciencias de San Petersburgo con 250,000 y la Imperial con 300,000. Suiza tiene en la de Basilea 50,000, en la de Berna 30,000, en la de Ginebra 50,000 y en la de Zurich 40,000. Suecia, Noruega y Portugal poseen también muy ricas bibliotecas. La Union americana tiene 15,615 bi-

bliotecas: en las públicas se cuentan cerca de cinco millones de volúmenes. Casi todas las ciudades de esta gran Nación poseen cuando ménos una biblioteca. ¡Qué espectáculo tan hermoso para un pueblo! Por todas partes, pues, se elevan esos brillantes monumentos de la civilización para la civilización; por todas partes se levantan estos baluartes de paz para combatir la ignorancia y las preocupaciones; por todas partes se levantan esos insuperables diques al retroceso que procura levantarse. General es la aspiración al adelanto. Aplaudamos con todo nuestro entusiasmo el celo de las naciones que, teniendo á honra su cultura, acumulan tantos elementos de instrucción para sus hijos. Honor á los gobiernos que, avergonzándose de dirigir á los hombres autómatas, y deseando la satisfacción de gobernar á hombres inteligentes, quieren que el artesano lea, que el soldado lea, que el campesino lea. Bendición á las sociedades modernas que, ansiosas de perfección y de progreso, llevan las luces hasta el fondo de las más humildes y remotas aldeas. Gloria, en fin, á los pueblos que, no contentos con los medios instructivos de hoy, arrancan á los despojos de los siglos y á las tinieblas del pasado, nuevos instrumentos de ilustración sepultados en las ruinas y en el misterio, como Italia ha sacado de las cenizas de Herculano obras interesantes de Epicuro, de Polítrato, de Filodemo y de Tito-Livio, y otras

que descifrará, gracias al ingenio de Pioggi; y como los rusos que han descubierto en la Tartaria una biblioteca de los kalmucos con que han enriquecido los archivos de la civilización

## VI

México también ha tenido y tiene sus bibliotecas. No podía ser de otra manera: el pueblo que tuvo reyes legisladores y reyes poetas; el pueblo que tuvo héroes como los de Homero, y bardos que inmortalizasen sus hazañas; el pueblo que midió el tiempo y observó los astros con más sabiduría que los caldeos; el pueblo que levantó pirámides tan grandiosas como las de Egipto; el pueblo que cultivó las artes antes que la misma Europa, artes cuya perfección admiran, sin poderla imitar, las naciones del viejo continente, no pudo menos que tener archivos que guardasen sus recuerdos históricos. Los toltecas nos legaron sus anales en el maguey y en la corteza de otros árboles; y si las memorias de los aztecas no fueron escritas con los caracteres de Cadmo, sus pinturas geroglíficas hablaban bastante al pensamiento para ser bien comprendidas. Uxmal, el Palenque y otras célebres ruinas